

BORGES

ESCRITOR DEL SIGLO XXI



No lo abruman el mármol y la gloria
Nuestra ardua retórica no lima
su áspera realidad. Las aclamadas
fechas de centenarios y de fastos
no hacen que este hombre solitario sea
menos que un hombre.

J.L. Borges, Sarmiento

El cabrilleo indefinido de los comentarios es activado desde el interior por el sueño de una repetición enmascarada: en su horizonte, la simple recitación. El comentario conjura el azar del discurso al tenerlo en cuenta: permite decir otra cosa aparte del texto mismo, pero con la condición de que sea ese mismo texto el que se diga, y en cierta forma, el que se realice... Lo nuevo no está en lo que se dice, sino en el acontecimiento de su retorno (Michel Foucault, 1992:24)

La cita nos sirve para comenzar a pensar en la obra de Borges hecha de transposiciones, comentarios y reescrituras de textos ajenos, y también para justificar nuestra propia palabra ya que difícilmente puede decirse algo de Borges que no haya sido dicho, o que no lo haya dicho él mismo: el punto de partida, como "simple recitación".

Creo sin embargo, que en este fin de siglo estamos leyendo otro Borges, no el canonizado a partir de 1955-60, el famoso escritor de poemas y relatos como El hombre de la esquina rosada, El jardín de los senderos que se bifurcan, El Aleph, El hacedor, El informe de Brodie, -entre sus textos más conocidos y citados-, sino a un Borges que está siendo editado o reeditado después de mucho tiempo, y que hemos

empezado a reconocer en estos últimos años. Pienso en El tamaño de mi esperanza, Inquisiciones, El idioma de los argentinos, los textos publicados en Crítica, en Sur, en El Hogar y más recientemente, El lenguaje de Buenos Aires.

A la realidad le gustan los anacronismos y las leves asimetrías, dice el narrador de El sur (Ficciones OC: 525)

Pues justamente, estamos leyendo a Borges anacrónicamente, reconociendo textos anteriores, aquellos que poco o nada conocíamos y que, por lo tanto, iluminan su obra de otro modo y crean una genealogía invertida, un desplazamiento que a él le hubiera deleitado.

Annick Louis refiere que de un total de 600 textos escritos entre 1919 y 1960, sólo 173 integran sus Obras Completas (publicadas justamente en 1960) (en Montaldo; 1998)

Obviamente la "falta" no pudo haber pasado desapercibida para Borges quien dejó de lado textos publicados en diarios y revistas en las décadas del 20 y del 30 y que en su momento eran leídos por el nuevo público de los medios de comunicación.

Los críticos han visto justamente, en el trabajo de Borges en esta época, no sólo la producción de un nuevo tipo de ficción

cuya estética fundamental es la de la mezcla, sino una producción miscelánea - ensayos, críticas, apuntes, comentarios- dirigida a un público masivo y que sirvió de nexo entre formas de expresión de la cultura elevada (de fuerte raigambre europea) y un programa de nacionalización de la cultura argentina que Borges ubica no en la pampa de la tradición gauchesca, ni en la ciudad como modelo de civilización (otra vertiente de la literatura argentina del siglo XIX), sino en ese lugar limítrofe, "de orillas" (como lo llama B. Sarlo: 1995) que son las zonas suburbanas de Buenos Aires a principios de siglo (el arrabal, los barrios periféricos desde donde se otea el horizonte casi infinito de la llanura).

Si recuperamos la lectura de alguno de los 427 textos que faltan en las Obras Completas (incompletas), Borges se nos hace más clásico todavía y nos asalta una suerte de resignada constatación, al modo en que lo expresa Josefina Ludmer:

Un clásico es el que puede ser usado como presente por muchos presentes: no podemos leer, no podemos usar a Borges de otro modo, ahora. Él mismo escribió con su literatura el código literario (la lengua y la ley) con el que lo leemos. Quiero decir que él fue y sigue siendo para nosotros la literatura. Cuando la ecuación lengua-ley



de Borges pueda ser hostigada por otra justicia, habrá cambiado la historia y la literatura argentina. Entonces habrá otro libro, donde el de Borges será lo que fue el de Hernández para Borges, una de sus biblias... (1988:236)

Nuestra pobreza intelectual hace que siempre estemos demasiado lejos de Borges -de esta lengua y esta ley consagradas por él- y que rara vez encontremos el centro que era su centro. Porque Borges es un hombre de declarados arrabales (literarios) y de un solo centro: la biblioteca.

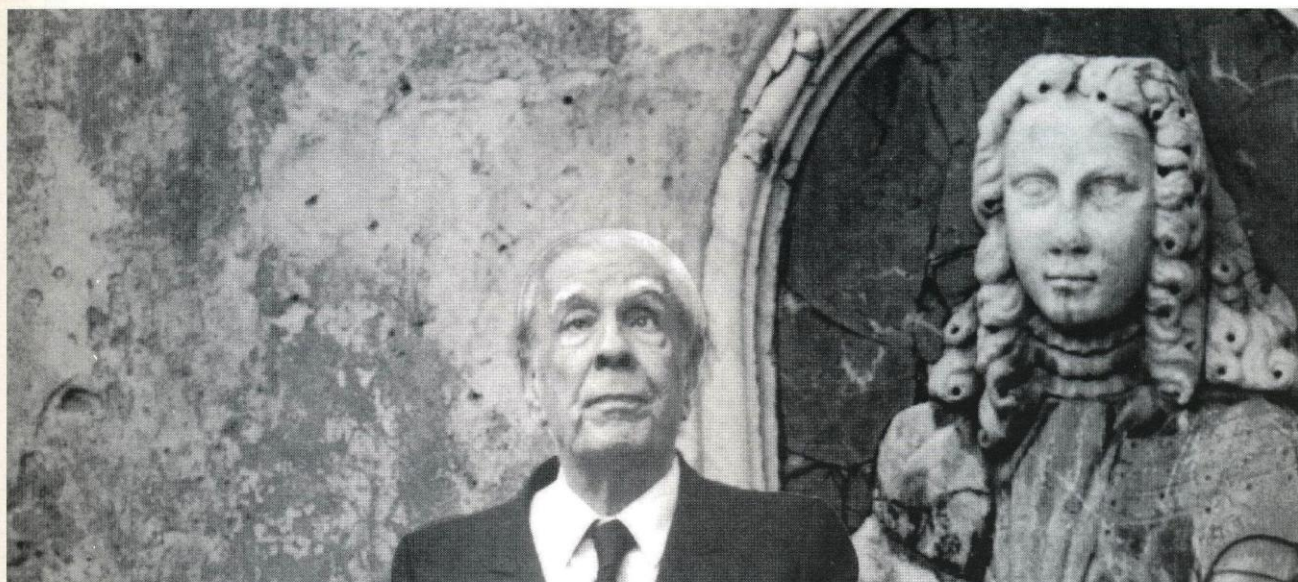
Doscientos años transcurrieron -escribe en *Del culto de los libros-* y el escocés Carlyle, en diversos lugares de su labor y particularmente en el ensayo sobre Caglios-

tro, superó la conjetura de Bacon; estampó que la historia universal es una Escritura Sagrada que desciframos y escribimos inciertamente, y en la que también nos escriben... El mundo según Mallarmé, existe para un libro; según Bloy somos versículos o palabras o letras de un libro mágico, y ese libro incesante es la única cosa que hay en mundo; es, mejor dicho, el mundo (Otras Inquisiciones OC: 713)

El futuro de Borges, las formas nuevas de leerlo consiste entonces en recuperar este/su mundo: la biblioteca, todas las bibliotecas que él transitó infatigablemente, las bibliotecas que son sin embargo una sola: la de su padre, la suya propia, la de sus amigos -especialmente la de

Bioy Casares-, aquellas de las que fue dependiente o director, las bibliotecas del mundo que lo deslumbraron -como la del Dublín de Joyce- y las bibliotecas imaginarias -como la de Babel. Uno de sus poemas más bellos fue escrito siendo director de la Biblioteca Nacional, poema en el que recuerda, con vago horror sagrado, a otro hombre, también de dos mundos -el francés que decidió ser argentino, Paul Groussac-, también ciego, también director de la misma biblioteca. Borges es Borges pero asimismo y de algún modo, es el otro entre las altas paredes tapizadas de libros. (Poema de los dones).

Uno puede preguntarse entonces: ¿Cuál es el estatuto del tiempo y del sujeto en



el relato de una escritura que se configura en la lectura, en una genealogía de repeticiones textuales inscrita en los volúmenes sin orillas de una biblioteca infinita?

Sólo el postulado borgeano de una biblioteca babélica soporta la escritura de historias textuales hechas de lecturas iterativas que soslayan la linealidad del tiempo: sólo esa biblioteca infinita montada sólidamente sobre los cimientos del idealismo, suspende nuestra inscripción en la realidad y soporta la terrible legibilidad de Borges, más allá de su muerte, sus aniversarios, sus propios deseos de ilegibilidad y de olvido.

A fuerza de quebrar la linealidad de las lecturas, Borges toma distancias de las fijaciones de la historia tradicional puesto que la dimensión crítica de su saber se

vincula con la idea de volver extraño algo habitual, para a partir de allí, cambiar los modos de percepción.

En 1930, ni la estética del video-clip ni de los hipertextos se habían inventado. Es cierto que las vanguardias rompían lo más espectacularmente que podían con las formas tradicionales de la escritura (sobre todo con el realismo) y las nuevas imposiciones de la cultura de masas.

Pero la estética de la mezcla, el desdibujamiento de lo real, la noción de simulacro, la desmitificación de formas consagradas y los nuevos modos de lectura que permiten recombinar escrituras sin orden jerárquico y por lo tanto, proponer formas diferentes de percepción, convierten a Borges en un hombre del siglo XXI.

En mis tiempos de estudiante, cuando lo admirábamos y atacábamos simultáneamente (por "intelectual no comprometido") un profesor nos dijo: "Borges escribe para los lectores del próximo siglo".

Esa frase aún resuena en mi memoria, porque lo que no alcanzábamos a ver aquellos que creíamos que estábamos a las puertas de "la revolución", es que Borges estaba creando -ya lo había creado- un nuevo escritor, y fundamentalmente, un nuevo lector, o mejor dicho, una relación con lectores diferentes (Sarlo; 95:115). Su visión era menos utópica que la visión tradicional del intelectual, desde Voltaire a Sartre, que es la que nosotros le exigíamos: un discurso radicalizado sobre el mundo y la propuesta de un cambio total. Su concepción del trabajo intelectual es



más modesta: a partir de una competencia particular de lectura/escritura, se propone inquietar. Inquietar para una cierta toma de conciencia, que es la posibilidad de un cambio en las formas de ver el arte, de concebir el mundo y la vida.

Ya en la Historia universal de la infamia de 1935 había formulado en clave narrativa esta estética: otros hombres han hecho los mismos gestos que nosotros, por lo tanto, nadie escribe desde la nada, nadie escribe si no es mezclando lo que leyó. La escritura es escritura de lecturas y no de invenciones originales. Desde la/s biblioteca/s Borges intenta deslizarse por la trama de los textos; sabe que hay voces que lo preceden y que él es tan irreal como cualquier personaje.

La certidumbre de que todo está escrito nos anula o nos afantasma, dice en La biblioteca de Babel (Ficciones OC: 465) Y el origen no está en el texto más antiguo, en el máspreciado y más valioso para la tradición, sino en un texto cualquiera -real o imaginario-, capaz de permitir remontar otros textos, capaz de admitir la prueba del método regresivo para constituirse en el tronco generador de las ramas del linaje.

De su propio linaje que hoy leemos sobre un fondo de permanencia, en un gesto de inversión temporal que instaura no una diacronía, sino una genealogía inversa, leída, descubierta desde este fin de siglo para atrás, una heterotopía que inquietó hace tiempo a un lector como Foucault:

"Las heterotopías inquietan sin duda, porque minan secretamente el lenguaje, porque impiden nombrar esto y aquello, porque rompen los nombres comunes o los enmascaran, porque arruinan de antemano la sintaxis..." (1989:3)

La forma alternativa que Borges adopta para organizar las estirpes textuales cuestiona el modo tradicional de lectura e instaura una variación en el ordenamiento (des-ordenamiento?) de la biblioteca que recuerda más las conexiones rizomáticas de los actuales internautas. Estos soslayan -de una manera que sin duda a Borges le hubiera deleitado- la paternidad textual, la existencia exacta de cada cosa, las identidades rigurosamente regladas y las formas inmóviles o puramente sucesivas.

Los márgenes y las conexiones de los textos no están rigurosamente demarcados: su supuesta unidad se desmorona a

cada instante envuelta en un sistema de citas como un nudo (un sitio) en la red: apenas se la interroga, la evidencia de su unidad, de su origen posible, se vuelven variables, relativos y permutables.

En la obra de Borges, la historia de la minucia y el accidente textual supone un movimiento que, en el campo de su constitución, despliega relaciones entre diferentes tipos de textos y de autores que se desconocen -se desconocían hasta ahora-. Desmigajada la propiedad, la autenticidad y la sustancia del sujeto, resulta imposible determinar quién es el dueño, el lector seguro, de la pululante multiplicidad



de los textos de la Biblioteca, de ese se escribe que soslaya escrupulosamente el yo escribo, aboliéndolo en las blancas páginas de los libros.

Palabra por palabra, línea por línea Pierre Menard repitió el Quijote de Cervantes: Cervantes ya estaba prefigurado en el gesto del escritor imaginario porque a su vez repitió el gesto de otro: palabra por palabra y línea por línea, a Cide Hamete Benengeli.

Como en este fin de siglo, en la década del 30 encontramos numerosos artículos sobre el abandono de la lectura por parte de los jóvenes: la radio imponía sus modos fugaces, su agilidad informativa y su divertimento fácil. Borges viene a demostrar que está ocurriendo un cambio que la misma modernidad exigía para escenificar sus últimos fulgores: el yo se despliega en una multiplicidad de discursos no dominados por el principio de la síntesis sino por el de la dispersión. Como en una gran pantalla fragmentada y multiplicada, los textos de la Biblioteca borgeana constituyen la anticipación puesta en discurso de la heterogeneidad de los saberes y las máscaras de la identidad.

Y sin embargo y paradójicamente, Borges, que jugaba a no saber si era él o el

otro, vuelve en este fin de siglo de lejanos arrabales que ya no son los mismos y acomoda pacientemente los libros en los largos anaqueles. Recuerda que su trabajo es el de un minucioso genealogista caprichoso que, obligado a ordenar los innumerables volúmenes del vasto recinto de la biblioteca, necesita de un método preciso que le ayude a llevar a cabo su tarea final: la de ordenar el universo. Ya lo sabía cuando en uno de sus primeros libros había escrito: Esta vocación de vivir que nos impone las elecciones ominosas de la pasión, de la amistad, de la enemistad, nos impone otra de menos responsable importancia: la de resolver este mundo... (Prólogo a El idioma de los argentinos)

Conjetura que esa tarea es tan vasta que ocupará la demora de sus días. Sabe que, precipitado en un punto cualquiera del tiempo y del espacio infinitos, la muerte lo sorprenderá sin haber cumplido esa debida labor que no es menos vana que su vida. A los 29 años, en la dedicatoria de aquel libro que no querría volver a editar había escrito: Para el amor no satisfecho el mundo es misterio, un misterio que el amor satisfecho parece comprender. (El idioma de los argentinos)

BIBLIOGRAFIA

BORGES, Jorge Luis; *Obras Completas*. Ed. Emecé, Buenos Aires, 1960

El tamaño de mi esperanza, Ed. Seix-Barral, Buenos Aires, 1993.

Inquisiciones, Ed. Seix-Barral, Buenos Aires, 1993.

El idioma de los argentinos. Ed. Seix-Barral, Buenos Aires, 1994.

FOUCAULT, Michel; *Las palabras y las cosas*. Ed. Tusquets, Barcelona, 1992.

LUDMER, Josefina; *El género gaucho. Un tratado sobre la patria*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1988.

MONTALDO, Graciela; "Borges, Aira y la literatura para multitudes" en *Boletín/6*. Universidad Nacional de Rosario, 1998.

SARLO, Beatriz; *Borges, un escritor de dos orillas*. Ed. Ariel, Buenos Aires, 1995.